

MEDEA

En Ceres hemos presentado la diosa; en Dafne la ninfa, diosa también, pero á la humanidad más próxima que Ceres; en Helena la mujer, hija de dioses, pero de reyes esposa y madre de una generación por completo humana é histórica; tócanos hoy presentar un tipo en torno del cual puedan verse y estudiarse por quien leyere las mujeres trágicas. En Helena hemos visto la poesía homérica heroica; en Penélope, á quien dedicáramos una parte considerable de nuestro primer volumen, vimos de otro modo la poesía homérica, vímosla bajo su aspecto náutico; en Medea vemos la poesía trágica. Muchos motivos, que nos parecen racionales, tenemos en justificación de tal preferencia nuestra por la heroína de los celos y de la venganza. Llevados indeliberadamente del afecto que Antígona, la mujer más bella y más piadosa del antiguo arte nos

inspira, parámonos en su presencia y pusimos su hermosísima figura en el vestíbulo de nuestra obra. La Venus de Milo en mármol puede compararse tan sólo, por acabada y perfecta, con la bella joven esculpida en los hexámetros de Sófocles, que guía por los valles de Colonna la sombra de su padre ciego, y entierra con piedad inenarrable los despojos de su hermano muerto, sacrificándose y muriendo por toda su nefasta familia. La desgracia de su padre rey Edipo; el valle de Colonna, por los laureles y por los olivos asombrado, y con el coro de ruiseñores henchido; el combate por los despojos y por los restos de su hermano, en tal manera engrandecen á la simpar Antígona, que no podíamos pasar delante de ella sin detenernos á idolatrarla, llevando, como lleva, sobre sus sienes, doble corona de virtud y de poesía. Por consecuencia, trazada ya la efigie de Antígona en las páginas primeras de nuestra obra, con el retrato de Antígona trazado también allí el retrato de Penélope, hija y esposa perfectas, no tenemos otro remedio sino buscar una mujer trágica para que todas las fases del espíritu femenino estén representadas en nuestra obra. Y las mujeres trágicas, ó bien están agrupadas en coros, como las danaides y las suplicantes, prestándose poco al retrato individual que una galería como la nuestra exige, ó bien hallándose de todo

en todo enlazadas con la guerra de Troya, en el retrato de la simpar Helena entran como figuras de orden secundario, es verdad, pero delineadas allí de bulto y de relieve.

El teatro dimana de la epopeya. Los personajes puestos por Homero en sus cánticos trasládalos íntegros á su escena la tragedia clásica. Por consecuencia, precisa repetirlo: hemos visto ya todas estas figuras en el cuadro trazado para representar la influencia de la hermosa Helena sobre su pueblo y sobre su tiempo. Si hubiéramos escogido Clitemnestra, por ejemplo, ¿qué ignoramos de su marido Agamenón? ¿Cómo no repetir las mismas escenas en presencia del mismo héroe? Casandra nos ofrece igual dificultad. Sus pronósticos frustrados y sus duelos intensísimos corrieron á nuestra vista ya como fuegos fatuos sobre los asedios y escombros de Troya. Otro tanto debemos decir de Ifigenia. No se puede hablar de la guerra de Frigia sin hablar también de su inmortal sacrificio. Los poetas griegos reproducen á una los personajes históricos, sin respetarlos, ni cuando sus predecesores los han presentado ya en escena. La muerte de Agamenón á manos de su mujer Clitemnestra pasa de la tradición al viejo Esquilo, del viejo Esquilo al perfecto Sófocles, del perfecto Sófocles á Eurípides. Clitemnestra tiene tres tragedias en el teatro anti-

guo, tantas como trágicos. Ifigenia, por su parte, aparece una vez en Aulide y en Tauride otra vez. Antígona por tal manera cautiva el genio antiguo, que los tres grandes trágicos le han consagrado su estro. Tenemos, pues, todas las mujeres trágicas del mundo griego encerradas en su poesía épica, y toda la poesía épica de los griegos nutriéndose con las ideas despedidas por la guerra de Troya. ¿Cómo reproducir ya la tristeza de Hécuba, la fidelidad de Andrómaca, el sacrificio de Polyxene, la ternura de Tecmese por Ajax, sin reproducir al mismo tiempo cuanto hemos dicho en el capítulo consagrado á Helena? Estos cuadros nuestros representan, no estatuas aisladas y desasidas de todo cuanto las rodea sobre su artístico pedestal, representan verdaderas pinturas murales, en las que intentamos encerrar, no solamente su persona, sino también su pueblo y su tiempo.

Medea personifica una gran edad helena. La fábula del vellocino de oro reproduce de manera muy gráfica los tiempos á los cuales podemos llamar tiempos descubridores en Grecia. Solícita la naturaleza por su finalidad, cuando quiere cumplir una obra colosal, atrae á ella los seres todos necesarios para su cumplimiento por medio de ilusiones y esperanzas. El navegante no podría desafiar todas las inclemencias del cielo y del Océano, si no lo

incitase á ello un apetito, de suyo tan bajo, pero tan eficaz siempre, como el deseo de lucro. Desde los primitivos tiempos hasta los nuestros el descubridor ha buscado un vellocino de oro como premio á sus fatigas y como espoleo al trabajo de sus compañeros empeñados por él en tantos combates y por él comprometidos en tan arriesgadas empresas. El argonauta griego representa en toda su verdad el descubridor moderno. La Cólquide, sita en puesto de Grecia tan cercano como el mar Negro, recuerda un tanto nuestras Indias, buscadas é invenidas por los marinos de Venecia, de Portugal y de Castilla. El rey de la misteriosa región se parece al gran Mogol de Marco Polo, en requerimiento de cuyo reino iba por un error de cálculo Colón, creyendo encontrar aquellas fabulosísimas riquezas, y sin haber adivinado, ni aun después de puestos sus piés en tierra de todo el mundo antes ignorada, que había en realidad encontrado un Nuevo Mundo. Jasón, el navegante Jasón, anuncia ya los viajes y los descubrimientos de Magallanes y del Cano. Aquel su vellocino de oro brilla en los ojos de los navegantes que le acompañaban lo mismo que podían brillar á la vista de los compañeros de Colón aquellos palacios de plata, y aquellos templos de oro, y aquellas puertas incrustadas en zafiros, y rubíes, y esmeraldas, con que la imagina-

ción se alucinaba para poder, sostenida por tal magia increíble, arriesgarse al combate con los vientos, con las olas, con las nubes eléctricas y tempestuosas, con los ciclones asoladores, con las trombas terribles, con tantas calamidades como caen y llueven sobre los abismos del encrespadísimo y terrible Océano, en cuyas entrañas desaparecieran tantos héroes nacidos para combatirlo y para domarlo. El vellocino de oro se asemeja mucho al riente lago de agua fresca puesto por la refracción del sol en las arenas ante la vista del peregrino á quien la sed abrasa y devora en las infinitas soledades del desierto. Si el hombre supiese, antes del apetecido logro, los desengaños que le aguardan, renunciaría de grado á todos sus deseos, y juntando cuna con sepulcro, apenas aparecido en la tierra, volveríase con violencia de nuevo á enterrarse y recluirse para siempre dentro de sus frías é implacables entrañas. El vellocino de oro, el viaje de Jasón, la magia de Medea, representan la prehistoria, digámoslo así, ó el poema de la navegación, de los descubrimientos, de los combates por la colonia, por el puerto, por la investigación de tierras nuevas, por el dominio sobre los mares inmensos.

La figura de Medea está unida con la figura de Jasón, y la figura de Jasón está unida con las desgracias de Tebas, y las desgracias de Tebas unidas

con la muerte del rey Edipo y de sus míseros engendros. La raza nefasta del ciego incestuoso, pero inocente, hereda los terribles destinos de su infeliz fundador. Los hijos de Edipo, Eteocles y Polynices combaten ciegos por el trono que ha manchado su padre. En vano se ha colgado Yocasta de las techumbres de su palacio y el rayo compasivo acaba de matar á su esposo é hijo en el bosque de las Euménides; Eteocles y Polynices, cual si no supieran cómo los hijos heredan por un decreto del hado las desgracias de sus padres, pelean en requerimiento de una corona, que debía, por nefasta y triste, abrasarles aquellas sienes selladas con una marca de maldición indeleble. Vencido por su hermano Eteocles, muy vencido, Polynices corre á la ciudad y reino de Argos en demanda urgentísima de un ejército formidable, con el cual asedia, infeliz, á Tebas. Los dos hermanos rivales perecen á una en las incidencias del combate, y ni siquiera encuentran bajo la tierra que los rechaza un sepulcro piadoso. Pero Tebas se salva de Argos. Y esta salvación sólo sirve para enconar un odio entre las dos ciudades que durará siglos y siglos. Argos y Tebas aparecerán en lo porvenir como Grecia y Troya.

Era, en verdad, Tebas por entonces una especie de ciudad asiática, cual si estuviera en Frigia. Go-



bernada por un rey absoluto, sentíase incapaz de altos esfuerzos y temblaba bajo las amenazas de aquellos libres hijos de Argos, los cuales, ni toleraban el absolutismo, ni bebían cerveza, como estos semiasiáticos tebanos. Siete puertas contaba Tebas, y ante cada una se puso en asedio el respectivo héroe de Argos, designado por su jefe Adrasto. La caballería de Argos era numerosa. Sus frenos de acero los había endurecido la fragua; el eje de sus carros daba chirridos lúgubres, los cuales ponían aterrador espanto en los enemigos; los jinetes gritaban como la mar en tumulto y como las nubes en tempestad; sus blancos escudos, adornados con campanillas de sonoro bronce, relucían y sonaban por modo bien extraño, como sus cascos, adornados de colores varios en sus cimeras y resplandecientes de joyas, ocultaban con tales apariencias de fiesta los horrores de aquel combate que concluyó por una catástrofe como la catástrofe de Troya, repitiéndose á una sus violaciones, y sus saqueos, y sus incendios, y sus rapiñas, y sus asolamientos, y sus nubes de humo en los aires, y sus cadáveres insepultos y descompuestos en el suelo. Aquellos hijos de Argos, que así habían vencido á Tebas, estaban destinados á otras mayores empresas. Jasón, aunque hijo de un rey de Tesalia, dió el nombre de Argos á un verdadero navío fletado para los descu-

brimientos y movido por el deseo de acaparar aquella rica prenda llamada vellocino áureo, de la cual ya hemos dado la idea correspondiente. El navío llamado Argos representaba, en verdad, toda la Grecia. Habíanse cortado sus tablas en las vertientes del Pelión, y sus mástiles en las encinas de Dodona, por lo cual aquéllas destilaban poesía y éstos exhalaban oráculos. Ilustres y sabios tripulantes la poblaban, unos dioses como Cástor y Pólux, otros semidioses como Hércules, otros héroes como Teseo. Iba con ellos Esculapio, á quien la medicina confiaba todos sus secretos, y Orfeo, en quien se concentraban todas las virtudes de la poesía y de la música, y su viaje pasó de los mares griegos al mar Negro, al golfo pérsico, á la desembocadura del Nilo, á las columnas de Hércules, descubriendo la afortunada región de los macrobios, donde los hombres vivían siglos, la tierra de los cimerios envuelta en tinieblas eternas, el mar de hielo y el mar de fuego, los escollos de Scila y Caribdis, las islas de Circe y las Nereidas, hasta que, por fin, llega en esta larga peregrinación á encontrar el jardín de las Hespérides, circunvalando dos veces Europa desde nuestros luminosos mares béticos hasta el tenebrosísimo mar escandinavo, poniendo las manos sobre las riquezas de Asia y heredando las glorias de Tiro y de Sidón. En estos viajes encon-

tró á Medea el grande argonauta que acabamos de mencionar, la cual resultó á un tiempo, como vamos á ver muy pronto, su premio y su castigo.

El arte antiguo, conociendo el corazón humano y presentándolo como el sólo sabe presentarlo, ha reunido en Jasón y Medea muchas de las incidencias que son á las largas navegaciones y á los descubrimientos muy naturales. El amor á Jasón de Medea representa el culto que los pueblos encerrados dentro de sí mismos sienten por aquellos que han tenido el arte y el valor necesario, no sólo para descubrirlos, sino también para iniciarlos en los secretos de una civilización superior. Medea, con sus filtros, con sus mixturas, con sus prodigios, representa las magias y las hechicerías de pueblos infantiles y primitivos, á quienes cautiva mucho esta especie de brujería que lleva consigo también una especie de religión bárbara. El robo de la prenda buscada revela por bien artística manera la parte de conquistador implacable que todos los descubridores han de tener para cumplir su ministerio histórico. La inconsistencia de Jasón perdido por Medea un día y olvidado de ella al día siguiente, personifica muy bien la inconsistencia de todos cuantos viajan mucho y tienen que cambiar con frecuencia de emociones por su comercio con las gentes, en cuyo cambio continuo toman mil varias

fases y mil distintos aspectos. El furor de Medea se comprende con la remembranza tan sólo de los sacrificios que por Jasón habían hecho, y hasta de los crímenes que había cometido por servirle. Su nombre ha pasado á significar en la literatura y en la historia los celos intensísimos, los celos de la mujer, que representan un progreso en la familia, pues si algo hay extraño al harén, si algo hay opuesto de todo en todo á la poligamia, es la pasión de los celos, imposible, completamente imposible allí donde ha de compartirse por fuerza con otras mujeres el cariño al esposo. Todas estas consideraciones parécenos bastantes á demostrar el motivo de nuestra preferencia por Medea, tipo designado á representar las mujeres griegas en el ciclo trágico, de igual manera que las había representado antes en el ciclo épico la esposa de Menelao. He aquí por qué el robo de Paris y el robo de Jasón deben fijar nuestro pensamiento, representando el uno como representa la Grecia guerrera y heróica, representando el otro como representa la Grecia mercantil y náutica. Jasón y Paris, Helena y Medea, personifican por medio de la misma pasión, por medio del amor, dos edades bien distintas de la misma historia, de la historia griega.

Cuanto más examinamos la civilización helénica, más nos convencemos de que la supremacía suya

sobre las civilizaciones y las artes antiguas está en el concepto elevadísimo que de la mujer tenía, concepto distante, muy distante, del oriental ó semita. Sabemos muy bien, por haberlo dicho ya en otros parajes de nuestros libros, que las razas arias hanse distinguido en la historia humana de las razas semíticas por el culto prestado á la familia, generalmente fundada en la monogamia, muy contraria de aquella poligamia reinante sobre pueblos sometidos al despotismo asiático y animados de otra sangre que nuestra pura y caliente sangre aria. Hemos visto, así en los vedas como en el Zendavesta, Biblias profanas de nuestra civilización, timbres viejos de nuestra nobleza, luminosas condensaciones de nuestro espíritu, que las familias arias se fundaban en el mutuo amor de los esposos adscritos á la cultura y educación de su prole. Habrá por un lado el brahmanismo, esa especie de poderosa teocracia, influido en la India para corromper estos principios; habrá por otro lado el despotismo militar que adoptaron los persas, constreñidos por la guerra continua, hecho que sus déspotas copiaran el harén oriental, mas contemplando con ojos reflexivos la naturaleza primitiva de su civilización y de su cultura, no puede negarse que allá en su raíz está el sentimiento moral de la familia y el culto religioso á la mujer. De tal abolengo deri-

van los griegos su prosapia intelectual y moral. Mirada la mujer helénica desde las alturas de nuestra civilización cristiana, y bajo las tendencias de la cultura moderna, propensa muy de suyo á extender los derechos del sexo hermoso y á darle una grande autoridad social, no puede parecernos bastante considerada todavía, cual no puede menos de maravillarnos el influjo social ejercido allí por esos ejemplares tan curiosos como immoralísimos que se llaman las hetairas griegas. Pero ya lo hemos dicho mil veces en las largas narraciones históricas nuestras: nada tan relativo como la historia, y nada tan sujeto á grados como las evoluciones del humano progreso. Un término de la serie viva, en que las ideas históricas se desarrollan, puede parecernos, ya vicioso, ya erróneo en absoluto, pero comparativamente, mirándolo en parangón y enfrente de los términos que le han precedido, no puede sino parecernos un progreso todo lo que tiende á mejorar las tristes condiciones naturales á nuestra mísera contingencia. El pedernal que indiferentemente hollamos hoy, cuando al contacto de un hierro produjo la primera chispa en los siglos prehistóricos, debió envanecer más al hombre primitivo de lo que nos envanece á nosotros el relámpago vibrando en nuestras manos por la invención de Franklín, la eléctrica corriente conduciendo por

los hilos del telégrafo fugaz palabra, las luces extraídas por tan milagrosas maneras de factores y elementos que parecían llevar en sí la oscuridad y la noche. Poseer el fuego, disponer de su calor, dirigir su llama; concentrarlo para que conserve nuestro cuerpo, para que cueza nuestros alimentos, para que nos consuele y nos compense del sol á diario apagado en nuestros cielos; poseer el fuego, resultó para el primer hombre una ventaja tal, que al verlo en manos de Prometeo las divinidades antiguas creyeron á una destronadas y se congregaron celosas y recelosas contra el mortal que había sido en su ciencia osado á esparcir en chispas, en centellas, en resplandores, en reflejos, los astros del cielo suyo, del cielo divino, del cielo superior y sobrenatural, por los espacios antes fríos, tristes, oscuros de nuestra baja tierra. El robo al cielo de la llama divina, que debía encender sobre la doméstica trípode la vieja lámpara familiar y debía convertir las piedras de los hogares en una especie de altar, ese robo representa un progreso tal, que por algunos minutos pareció el hombre ya hecho todo un dios. Pues así como el pedernal frío apenas representa cosa ninguna, cuando se le pone, por ejemplo, al lado de la luz eléctrica, siquier la chispa encerrada en sus moléculas haya como una revelación celeste aparecido á los ojos del hombre, la

mujer helena en comparación de la mujer nuestra puede parecer todavía una esclava, pero en comparación de aquella mujer dentro del harén redimida y por la poligamia deshonrada es una especie de diosa.

La divinización del sexo hermoso en la teología griega es uno de los caracteres indudablemente más bellos que tiene aquella cultura. Junto á los grandes dioses representan las grandes diosas una bien verdadera y natural apoteosis de nuestra especie humana. Así el que compartieran las funciones sacerdotales ambos sexos y el que jugaran hasta en las fiestas olímpicas. Por los bosques sagrados, donde se hallaban efigies y simulacros de los atletas, veíanse también simulacros y efigies de estas amazonas de la gimnasia. Muchas mujeres concurren á las competencias en requerimiento de aquella oliva más preciada por las griegas que una corona de reina. Tal sentimiento religioso y estético elevó los templos á la mujer consagrados en todos los territorios helenos. Samos, coronada por su naturaleza riente de flores y espigas, tenía consagrado á Juno un templo, donde se mecía el sauce que protegió el nacimiento de la diosa y se presentaban las mujeres principales ceñidas de diademas, ornadas de brazaletes, en compañía de guerreros que á su vez habían obtenido la corona de roble y